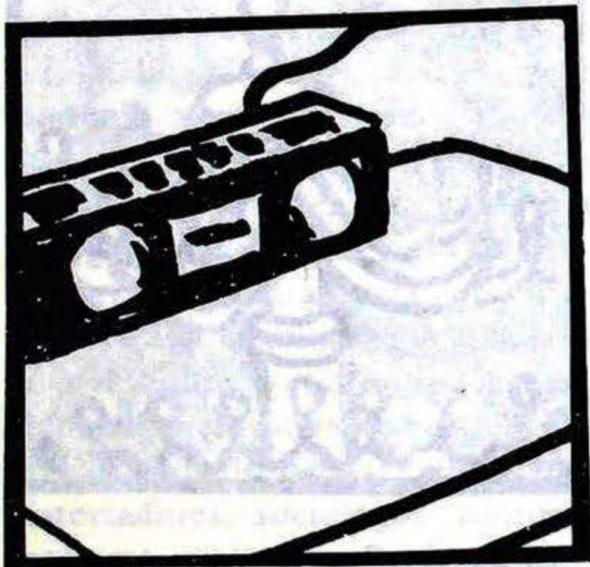


los niños en los escenarios de sus aventuras, tan grises como la historia. A pesar del suspenso, bien logrado, y que da cierta credibilidad a la aventura, es difícil aceptar que en diálogos sostenidos por niños, y menos aún por gamines, se utilicen expresiones como "marrullerías" (pág. 7), "en consideración a sus huesos" (pág. 26), "paliza" (pág. 68), "festín" (pág. 71), "no les caí en gracia" (pág. 72), "sermonee" (pág. 109), "estoy deprimido" (pág. 142).

Los niños son unos gamines demasiado "buenos", que tienen algunas reflexiones como de adultos y que poseen una sólida moral a pesar de haber escapado desde los cinco años de un tugurio del sur de Bogotá. También rezan con fervor y de rodillas, tienen fe, derraman lágrimas de felicidad y les molestan los malos olores. Quizá lo más difícil de escribir desde el punto de vista de un niño, sea sentir y pensar como niño o como gamín; es éste el caso de *Aventuras de un niño en la calle*.



La aventura contada por Julia Mercedes Castilla es pobre. Pobre es también la utilización del único recurso de fantasía. "Pingo Pingo" es el amigo invisible del protagonista. Este lo llama a veces y sostienen breves diálogos, donde siempre le pide ayuda, y "Pingo Pingo" le responde a menudo con algún contenido moral, la moral del propio gamín. ("Perdóneme, Pingo Pingo; lo intenté, pero usted sabe que los pájaros no podemos enjaularnos, ¿verdad?") ("Ay, ¿por qué me inventó? Trata uno de hacer de usted un buen muchacho normal, y ya ve. Bueno, tal vez, la próxima...") (pág. 63).

El resto de los personajes que aparecen son terriblemente estereotipados. Niñas buenas "de ojos sonrientes y crespos melados" (pág. 14), son las que le dan comida o dinero o les ayudan. Las mujeres malas son "flacas y de nariz puntiaguda", o sea feas, o gordas: "Rosana la de las carnes flojas y abundantes". Los hombres malos tienen cicatriz en la cara, son bizcos o gordos, extraña fascinación la de la autora en describirlos así, habiendo tantas otras cosas.

La caracterización de Joaquín, el protagonista, es un poco inconsecuente: al principio es vivo y valiente; después pierde esa fuerza que le diera la vida de gamín desde los cinco años y se torna tonto, temeroso y débil. Los textos para jóvenes son textos para jóvenes, las aventuras son aventuras, no necesariamente tendrán que tener moraleja, ni los personajes tendrán que ser o "buenos" o "malos", porque, al igual que en la realidad, en la fantasía las personas también pueden ser "buenas" y "malas" al mismo tiempo.

DORA CECILIA RAMÍREZ

Un viajero

El dulce camino del Darién. Crónicas de viaje
Jairo Osorio Gómez
Colección Biblioteca Popular de Urabá, Ediciones Gráficas, Medellín, 1990, 79 págs.

Jairo Osorio Gómez (periodista y fotógrafo; Caramanta, 1954) escribe, con "el ánimo del diario, golpeado, golpeadamente poético", estas *Crónicas de viaje*. Utilizando un estilo periodístico, recrea los ocho días de la travesía que efectuó con un grupo de colombianos por las selvas del Darién. Se inicia con la navegación por el río Atrato después de embarcarse en Turbo, corona en Palo de Letras, en el mojón que define la frontera colombo-panameña, y fina-

liza en Medellín después de ser deportados. El recorrido, a pesar de las dificultades y del amargo final, transcurre por lo que Osorio llama, con dejo irónico, *El dulce camino del Darién*.

En abril de 1988 emprende la expedición "Turbo-Panamá, un camino en el Darién", cuyo objetivo era contribuir a que los colombianos se familiarizaran con esta región olvidada del país. El grupo, que a medida que avanza en su recorrido tendrá que adecuarse con "el aprendizaje rápido que exige la supervivencia" (pág. 59), está compuesto por una socióloga, dos periodistas (uno de los cuales es el autor), tres camarógrafos de Maya Televisión (canal regional de Antioquia) y un médico asociado a la Cruz Roja colombiana.

Buscando una ambientación adecuada, Osorio efectúa un brevísimo recuento histórico del Darién. Floreciente por aquel entonces gracias a sus famosas minas de oro, la zona fue asolada por filibusteros desde mediados del siglo XVII. Por allí desfilaron L'Olonais, Morgan, Sharp y muchos más, algunos de los cuales, tras efectuar sus correrías, escribieron sus memorias, dejándonos las primeras descripciones de la región.

Pero no satisfechos con pasar de largo, algunos viajeros pretendieron quedarse. William Paterson, fundador del banco de Inglaterra, intentó establecer hacia 1705 la colonia escocesa de Nueva Edimburgo, escogiendo para ello el mismo sitio por donde Balboa inició su cruce al Pacífico en 1513. Paterson, misionero protestante, representaba el interés libre-cambista sajón no sólo en el oro sino en la posibilidad de construir un canal interoceánico; su intención, como la de muchos otros, terminó con un cementerio lleno de cruces que fue devorado por la selva. Sin embargo, su idea se quedó flotando como una niebla en el ambiente, hasta que el departamento de Marina de los Estados Unidos realizó estudios para la construcción del actual canal de Panamá.

Cada viajero, al desplazarse, va trazando senderos que desaparecen tras su paso. *A comienzos del siglo XX, se apoderan de la región contra-*

bandistas de tabaco y quina posteriormente reemplazados por los de "electrodomésticos en la década del sesenta. Más adelante, cacharreros de discos, casetes y grabadoras. Traficantes de perros de cacería, pieles de animales, armas de fuego. Vendedores de medicinas y peinillas de cinto" (pág. 21). Hoy, como entonces, ese toque de libertad que ofrece la selva a los que se internan en ella sigue incólume, atrayendo comerciantes y turistas con su halo quimérico.

El viaje de Osorio se inicia en el embarcadero de Turbo, a orillas del río Atrato, y prosigue arrimando a pueblitos como Boca Coquitos, Tumarado y Betecito, donde los niños "no tienen más futuro que los viejos aperos de pesca que heredan por obligación a los nueve años cuando la escuela se les acaba" (pág. 26). En los terrenos del parque nacional de los Catíos, único en el país que no sufre de invasiones de colonos, se encuentra la hacienda Sautatá, famoso ingenio azucarero de comienzos de siglo. Los avisos del Inderena sobre la veda de caza del manatí y la babilla son palabras insubstanciales absorbidas por las corrientes del río.

En Bijao (Chocó), región olvidada del cotidiano nacional, Don Vicente, como podría hacerlo cualquier otro, afirma con seguridad que "esas cosas de muertos y de ladrones son para ustedes, los del interior. El chocono es hombre decente" (pág. 31). A lo largo del río se van desgranando más poblaciones habitadas por "pobres que le estorban a los pobres" (pág. 37).

En la travesía por las selvas tropicales húmedas, el viajero descubre con presteza la inutilidad de continuar cronometrando el tiempo: "Nadie sabe qué día es hoy. El tiempo de la selva es sólo uno" (pág. 43). Y es la existencia de este tiempo diferente la que permite a Osorio deshilar la historia y dar pinceladas sobre la historia de los colonos que abandonaron las ciudades durante la Violencia, y que hoy, casados con mujeres indígenas o negras, ejercen de baquianos, trazadores de trochas o guardianes en el parque.

El grupo llega finalmente al mojón en Palo de Letras, que representa,

desde el punto de vista del relato, la cima de la irrealidad. ¿Quién puede decidir dónde está la frontera? ¿A qué nación se acogen los indígenas cunas? la frontera en medio de la selva se mueve variable como las ramas de los árboles. A pesar de esta irrealidad fronteriza, la guardia panameña, después de mostrarse amistosa, detiene al grupo de Osorio en Boca de Aupe, y lo deporta escoltándolo nuevamente hasta Palo de Letras, "en un paseo donde sus M-16 retumban asustadoramente en el Darién" (pág. 71). Desde el helicóptero que cumple la primera parte de su traslado, el autor observa que "volar el Darién panameño es otra triste confrontación. Esa reserva mundial ecológica está depredada por donde se la mire" (pág. 70). Pero este destrozo no se refiere únicamente a la selva en sí; el elemento humano ha sido drásticamente afectado: solo 145 indígenas payas heredan lo que pueden de los cinco mil o siete mil que calcularon los cronistas españoles.

El relato se detiene aquí, adicionando un repaso histórico del pueblo de Bijao, una ilusión de negros, como lo llama Osorio, puesto que cada día se incrementan los desesperados que llegan "tan sólo con el sueño de comer. Sus rostros dicen la espera de años" (pág. 77). El texto está complementado con fotografías de recortes de prensa de *El Tiempo* y *El Mundo*, donde se dice que los siete colombianos fueron golpeados y maltratados por la guardia panameña. El autor no menciona en su diario ese hecho; sólo la detención y cómo, a pesar de tener todos los documentos de viaje en regla, son deportados "inmisericordemente" por sospecha de espionaje. No se debe olvidar la delicada situación política, económica y social que atravesaba Panamá en aquel entonces, ni el hecho de que el gobierno de Colombia no se mostró solidario con la vecina nación.

Es de lamentar que el libro, a pesar de estar sazonado con infinidad de citas textuales, carezca de una bibliografía adecuada que permita al interesado profundizar en aspectos más concretos. Por otro lado, infor-

tunadamente se queda en el recuento anecdótico, flotando a un nivel superficial, corto en su idea original de familiarizar al lector con la región de Urabá. Descuidadamente incurre en algunas inexactitudes. Personajes, sitios o elementos que podían enriquecer la obra son soslayados rápidamente. Los esbozos que efectúa son elementales y el relato que los sustenta se pierde sin rumbo, dejando una historia llena de manchones oscuros que escapan a la comprensión del lector.

Para concluir, baste aclarar que los comentarios de Osorio son una alerta para recordar que estos problemas no ocurren exclusivamente en el Darién, sino que son similares en todo el país, aquejando regiones como la Guajira, el Chocó, el Amazonas, la Orinoquia, todas aquellas franjas que han sido abandonadas por el aglutinante centralismo de la capital.



Como documento comparativo entre muchos otros (Germán Castro Caycedo, Juan José Hoyos), se puede citar aquí el de Rafael Cervantes Bossio, quien en 1975 ganó el primer premio nacional de periodismo Simón Bolívar, en la modalidad de reportaje, con la serie "Itinerario de una aventura" (publicado en *El Colombiano*), dentro de la cual se destaca el capítulo "El Muro, castigo de Dios": "El propósito era continuar inspeccionando otros contornos de la reserva indígena, hablar con colonos que estaban dentro de ella, conocer la vegetación, las aguas, la madera e intentar llegar a lo que todos llaman 'El Muro', que marca límites entre Panamá y Colombia en pleno cora-

zón de la selva. Esta última pretensión se había convertido casi en una obsesión". Obsesión que, hemos visto, brota como una bocanada de aire caliente que envuelve no sólo a L'Olonais y los suyos, a Paterson y sus sueños, sino a miles de viajeros. *El dulce camino del Darién* viene flotando en ese vaho.

ERNESTO MACHLER TOBAR

Perdido en Manizales

Manizales en la dinámica colonizadora
Albeiro Valencia Llano
Universidad de Caldas, Manizales, 1990.

La historia de Manizales está vinculada a la colonización antioqueña que bajó hacia el sur de Antioquia por Caldas, Risaralda, Quindío, Valle y zonas del norte del Tolima durante la segunda mitad del siglo pasado. Desde que el geógrafo estadounidense James Parsons abriera el camino de la investigación sobre este proceso colonizador, la migración antioqueña no ha dejado de llamar la atención de historiadores, sociólogos, antropólogos y politólogos. Recientemente mostré, por mi parte, la importancia decisiva de Manizales en las guerras civiles de 1860 y 1876, las cuales decidieron ciento veinte años de historia nacional, y que publiqué en el libro *Ensayos sobre historia de Colombia*, editado por la Biblioteca de Escritores Caldenses.

El libro del profesor Albeiro Valencia se inscribe dentro de la tradición historiográfica sobre la colonización antioqueña, no agotada en su riqueza histórica. Parte, para su estudio, de las fuentes más conocidas de Fabo y Londoño, pero recurre a fuentes inéditas de los archivos históricos de Antioquia y Manizales, con el detalle suficiente para hacer de su

libro un cuidadoso recuento de los hechos más significativos en la historia de Manizales.

Se trata de una crónica escrita con estilo ameno y refinamiento histórico. Hace un rápido relato acerca de los pobladores indígenas anteriores a la llegada de los españoles para entrar en seguida a referirse a los iniciadores de la colonización antioqueña y a la organización de los primeros pobladores. Narra los conflictos iniciales de los colonos con los herederos republicanos de las concesiones realengas de la colonia y el desarrollo urbano del poblado.

Muy novedosa resulta su narración de las guerras de 1860, con las peripecias del general Mosquera para superar sus dificultades militares y convencer a los generales conservadores de que pactaran con él la famosa *esponsión* de Manizales que le abrió el camino de la victoria contra el gobierno de Ospina Rodríguez y al país las puertas de la Convención de Rionegro hacia la Constitución de 1863. Igualmente aporta muy interesantes detalles sobre las características religiosas de la guerra de 1876, como la misiva del corresponsal de Aquileo Parra en la que le decía:

el partido conservador tiene su fe i esperanza en el Estado conservador de Antioquia pues así lo rebela la prensa de Medellín que tiene treinta mil fusiles para repartirlos a los conservadores de los demás Estados, porque los antioqueños son mui ilusos i cualquiera los compromete, la masa del pueblo es mui ignorante i en el púlpito, aún cuando sea un disparate lo creen todo, advirtiendo que el clero antioqueño aunque tiene virtudes es ignorante i fanático, por eso es que estos clérigos ahora en estos días por exigencia de un señor Manuel Briceño que dicen es de Bogotá han calumniado al gobierno liberal desde los púlpitos, i que precisamente hai que derribar a ese gbno. impío, ereje i ateo; estas son las prédicas en el pueblo de la frontera que llaman Manizales. [pág. 140].



El capítulo dedicado a las vías de comunicación tiene la virtud de lograr una descripción de los tres caminos principales que conducían de Manizales al río Magdalena por la vía de Mariquita. No debe olvidarse, como lo hace notar también el profesor Valencia, que Manizales era un centro comercial de primera categoría, debido, entre otras cosas, a que se convirtió rápidamente después de la fundación en la vía favorita de comunicación del occidente del país con la capital y con el comercio exterior. Al final del capítulo menciona la construcción de los cables aéreos y la revolución que ellos produjeron en la economía de la región. Manizales siempre tuvo poca esperanza de ver el arribo del ferrocarril a una montaña tan escarpada e inaccesible como en la que estaba localizada. El cable transformó esa desesperanza en una posibilidad concreta que se vio muy pronto coronada. No creo que sea suficiente insistir en la contribución de los cables aéreos al proceso de transformación de la economía caldense en economía cafetera de arraigo tan perdurable.

Lo más novedoso del libro tiene que ver con el capítulo dedicado a la formación de las fortunas económicas y al proceso de acumulación de capital en la región, así como al desarrollo de las empresas de cultivo y transformación del café. Allí se encuentra referido el proceso inicial de cada una de las familias más ricas de la ciudad y la forma como su fortuna fue amasada. Además, se muestran los intentos de industrialización que se operaron en Manizales, como